TEATRO

Un día medido en años

● Buscando "qué nos jode", los miembros del Ictus se sumen en una exploración de la normalidad a través de una animada terapia de grupo

Por Guillermo Blanco

El sistema de trabajo del grupo Ictus está casi tan lleno de paradojas como las obras que pone en el escenario. Ninguna de ellas "tiene autor", en el sentido tradicional. Y tampoco –en el sentido tradicional– hay propiamente "un texto". Para conseguir esto se requiere el aporte de todos los integrantes del equipo, que discuten, hablan, a veces se enfrentan con aspereza. Y toman nota interminablemente. Más que escribir, "desescriben". El último producto (*Cuántos años tiene un día*) llegó a las 70 páginas, después de haber alcanzado a las 500.

¿Cómo se consigue, con un método incoherente, acabar en algo inteligible, orgánico, capaz de remecer al público?

Delfina Guzmán, Nissim Sharim, Claudio di Girólamo y Sergio Vodanovic conversaron largo con el equipo cultural de HOY para contar el proceso –en gran medida irreproducible– de su reciente creación colectiva. Uno de ellos dice que la gestación duró nueve meses. Sugestivo. Claudio di Girólamo corrige la cifra: "Qué nueve meses: por lo menos un año". Y Sharim acota: "Parir cada obra es una especie de terapia de grupo. Cada uno va largando lo que lleva dentro, discutimos, analizamos, y al fin se nos aclara un camino".

Para *Cuántos años tiene un día*, el punto de partida fue: "¿Qué nos jode?" Porque a todo el mundo lo jode algo, y en estos tiempos hay mucha gente jodida por muchas cosas. Di Girólamo sale bruscamente de cierto letargo que lo dominaba al comienzo de la conversación –acaba de sanar de un tifus–, y explica con vehemencia: "Me sentía un moscardón golpeando techos, paredes, vidrios, y de repente, ¡bum!, se abre y sale. Afuera estaba la pradera, el cielo, todo. Pero muy al final del camino. Sin el dolor del grupo, esta obra no sale".

Una mancha de normalidad

A palos fue definiéndose "la joda". De nuevo es Claudio quien lo sintetiza: "Piense solo, no con los demás". Esa es la madre del cordero en estos momentos, según el Ictus. A nadie se le presentan problemas para que piense, siempre que lo haga aislado. Las dificultades surgen en la reflexión en común y el intercambio de ideas. Cualquier labor de equipo resulta sospechosa. "Y eso es lo que a nosotros nos reúne y nos da eficacia."

¿Cómo seguir explorando hacia el interior de la joda? "Es como una mancha de aceite. Como las manchas de aceite que dejan los accidentes de los barcos petroleros: la superficie se ve tranquila, y sin embargo uno sabe que algo hay debajo. Se trata de escarbar, entonces". Y la primera pregunta se complica, a medida que los exploradores se sumergen debajo de la mancha.

"Descubrimos que era difícil trabajar tranquilo, hoy día, en Chile". La existencia de múltiples presiones fue emergiendo: presiones sicológicas, económicas, sociales, políticas. Para el creador, la censura o la autocensura. Para el trabajador, la permanencia en el empleo, si se lo tiene. Había que "recorrer el país", y seguir buscando. Encontrar "lo que la gente tiene almacenado y no puede echar afuera".

Se pensó en una especie de obra panorámica, que saltara a través de las calles de la ciudad en pos de diversos escenarios, sintomáticos de situaciones igualmente diversas. Eso ofrecía obstáculos. "No, no es tan difícil meter una ciudad en el escenario. Había otros líos". Surgió la idea de la radio: recorre tantos lugares, llega a tantos individuos.

La solución nació, al cabo de un tiempo, muy naturalmente. ¿Dónde estaba más visible la "mancha de aceite", esa oscura y apacible, que impide percibir el oleaje y lo que hay debajo de la superficie? En la televisión. Noticiarios en los que nada malo

Nissim Sharim: el "teatro de actores" busca la realidad donde está, y parte de ella

Fotos: Vicente Vergara

Delfina Guzmán: La poesía, como la liebre, salta a veces donde menos se piensa

HOY Nº 33 Santiago 11-1-1978.

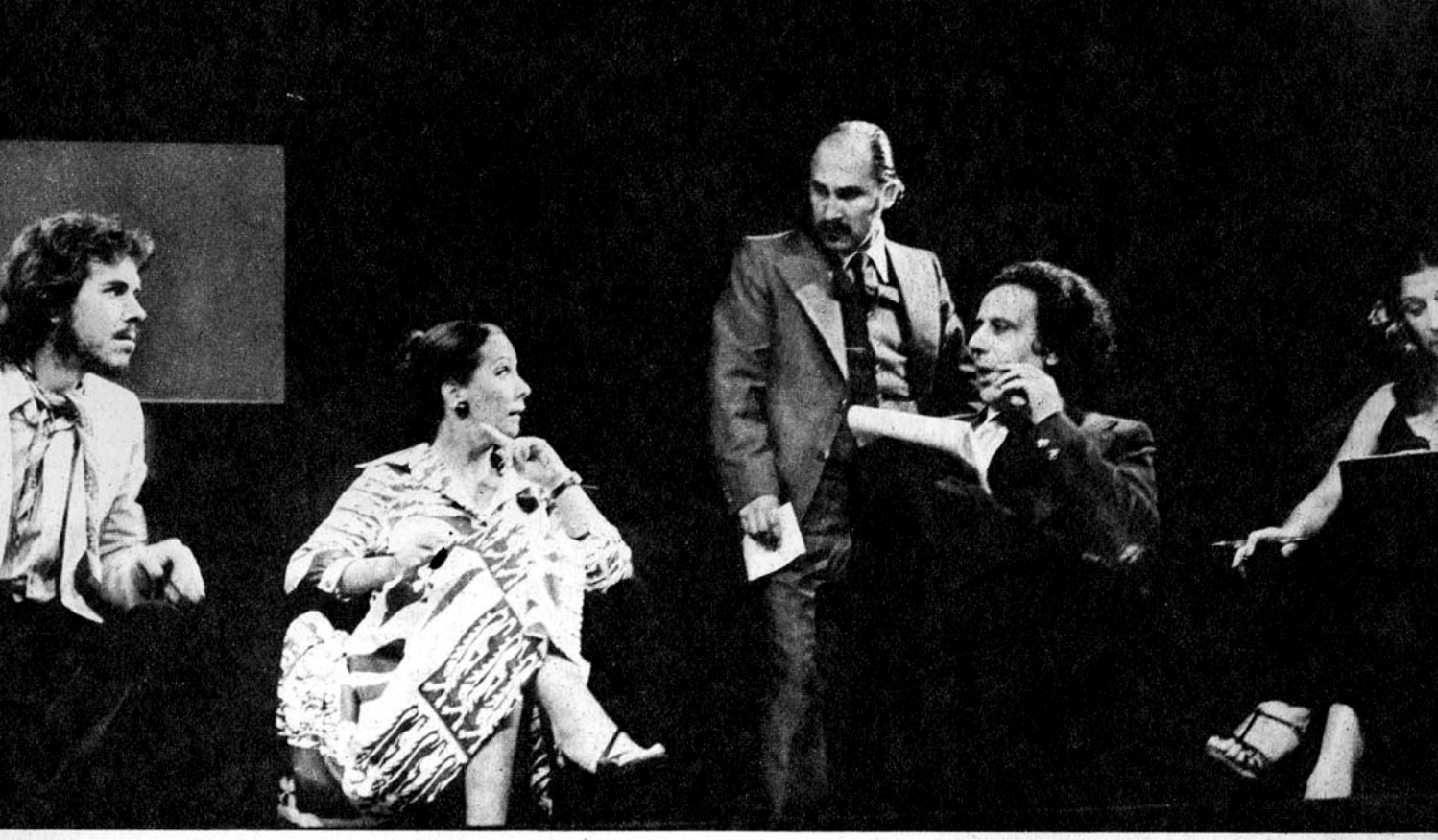

Foto: Raúl Montoya

El Ictus en acción: definiéndose a sí mismos al definir una nueva forma de teatro

aparece, o todo lo malo "viene de afuera". Espectáculos risueños. Publicidad ensoñadora. Normalidad con música de Strauss u otras músicas.

¿Dónde "se da la pelea"?

Las discusiones internas fueron confirmando el primer diagnóstico. Esa normalidad era anormal. Y había una anormalidad fundamental tras ella. El propio Ictus pasaba por un proceso perturbador en todos sus montajes. Las dos tentaciones contrarias se les planteaban a cada paso: reprimirse más de la cuenta o limitarse a unas "sacadas de lengua" que conquistarían aplausos, pero no mostrarían la realidad.

La realidad era la clave. Dejarla hablar. Descubrir cómo la viven las personas desde distintos ángulos. Un grupo de periodistas de televisión ofrecía la mejor gama. Se supone que tienen ideales. Salieron de la universidad a hacer "algo grande", y se topan con el medio. Brotan las interferencias. La obra está llena de ellas. Cada vez que los periodistas pretenden trabajar, algo los jode.

En escena aparece, pues, un televisor gigante. Durante la representación, el público ve varios programas elaborados por los periodistas (los hicieron, en la práctica, los actores que interpretan esos papeles): la Vega, el Hipódromo Chile, Pudahuel.

Pero las grabaciones se interrumpen a cada momento. El Jefe –que no aparece físicamente en ningún momento– llama desde su oficina. Da instrucciones. Manda. Prohíbe. Sus exigencias de andar correctitos y con el pelo corto –y otras– provocan malestar entre los siete integrantes del departamento periodístico.

Los inquieta algo más: una de sus compañeras está en dificultades. Le quieren ayudar. Piensan escribir una carta al Jefe, para hacerle presentes sus posiciones. Discuten. La tensión crece entre ellos. Delfina Guzmán y Nissim Sharim encarnan dos actitudes en cierto modo opuestas: ella ha salido del país y trata de hacer el periodismo que soñaba en el extranjero; él prefirió permanecer y "dar la pelea" por sus propias concepciones aquí. Cuando ella vuelve, invitada a participar en un programa especial de aniversario, los dos se encuentran y comparten una nueva jornada.

Si existe un "recado" en *Cuántos años tiene un día*, ése es que las cosas se hacen aquí. Es preciso enfrentar la realidad. Aprender –dice Claudio di Girólamo– "a vivir en la mierda sin enmierdarse". En más de un sentido, la situación de los periodistas en el canal imaginario es la misma del Ictus durante los últimos tiempos.

De cómo armar ese fardo

No sólo de ellos, sin embargo. Aquí es donde los miembros del grupo perciben una de las mayores ventajas de la creación colectiva. Un solo autor difícilmente podría imaginar tantas angustias, reacciones, actitudes diferentes como pueden hacerlo varios. Está el aporte de las distintas idiosincrasias. Y, además, de los ámbitos en que cada cual se mueve.

Todo esto se va volcando en la "terapia de grupo" y contribuye a formar el "fardo" final: la obra.

La tesis previa no existe. Surge del debate, y es parte del diagnóstico elaborado en común. Esto exige procesos torturantes, como el de obligarse uno por uno a decir no sólo qué les molesta hoy en día, sino qué de bueno le ven al sistema (Delfina confiesa que el toque de queda le permite saber que sus hijos, aficionados a trasnochar, estarán en la casa a más tardar a las dos. Claudio recuerda que se crió "en la Italia donde los trenes eran puntuales").

Otra ventaja de la creación colectiva: el autor no es externo, porque pertenece al equipo. Es el equipo. Ningún personaje se elabora para salir después a buscar un actor que lo interprete: los actores están ahí, y toman parte en el modelaje de los caracteres. Pedro, Juan y Diego, por ejemplo, fueron diseñados en función de quienes iban a encarnarlos en el escenario. Así, no hay frases disonantes, "cosas que no me sale decir".

En un sentido más profundo, la construcción de la obra se realiza hasta cierto punto en forma paralela con la "educación" del actor para convertirse en el hombre o la mujer que deberá ser ante el público.

Una orgía... pedagógica

¿Y qué pasa con la unidad? En parte importante se logra a pesar de la ausencia de "el autor". El grupo desarrolla, a través

668122

de los debates, una sicología colectiva. Una especie de supra-personalidad que los abarca a todos. Y los interpreta.

Pero hay más. Los integrantes del Ictus reconocen que el hilo conductor no suele ser explícito en sus obras. O quizás sea más sutil que en las tradicionales. Sin embargo, la serie de *sketches* –descubrieron de pronto, y con grata sorpresa– no es mala. En la mentalidad latinoamericana existe una cierta discontinuidad de la atención. Un ir de salto en salto.

La sucesión de *sketches* con hilván implícito era una buena respuesta. Apenas la atención corre el riesgo de desviarse "empieza a pasar otra cosa", y se la capta de nuevo. Si el hilo no se pierde, esa nueva forma de comunicación es excelente.

Conforme, pero ¿qué le ocurre al autor invitado, a Sergio Vodanovic?

Vodanovic reconoce que no le ha sido fácil incorporarse al equipo y desaprender mucho de lo que sabía para aprender otra manera de hacer teatro. Compara su situación con la de un padre de familia ordenado, de vida sexual tranquila, a quien unos amigos convidan a participar en una orgía. "Uno se siente raro entre tanto desenfreno, y sabe que terminará volviendo a su ámbito habitual. Pero habrá adquirido algunas técnicas nuevas...", sonríe.

¿De modo que luego de esto seguirá en lo suyo?

–Seguiré en lo mío –confirma.

Cuesta sintetizar el diálogo. Los temas surgen. Se salta de uno a otro. Las preguntas llueven a ratos. A ratos, la gente de HOY se deja llevar y sigue la conversa

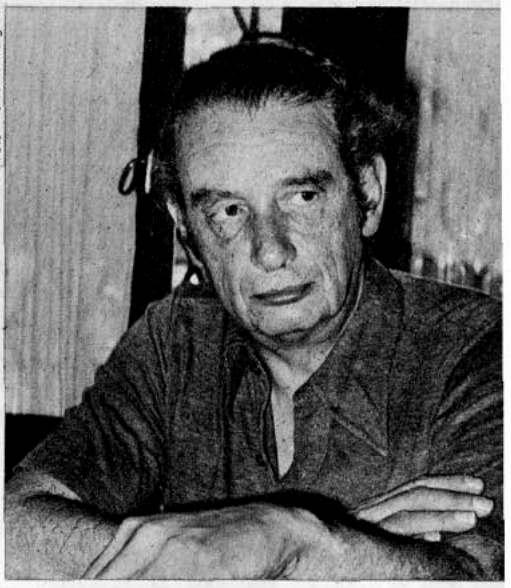

Foto: Vicente Vergara

Sergio Vodanovic: Volverá a la vida ordenada con algunas técnicas nuevas a su haber

aguas abajo. Quizá –en definitiva– esta entrevista se contagie del clima de la creación colectiva.

Y quizá también logre un hilván implícito.

La ternura, "a garabatos"

El teatro es una experiencia de comunicación limitada. Mientras un programa de *La manivela* es visto por millones de espectadores, una obra de éxito apenas llega a 80 mil personas (fue el caso de *Pedro, Juan y Diego*). Además, el grupo ha descubierto que cada cual ve lo que quiere, o lo que puede. En *Pedro, Juan y Diego*, la mayoría se conmovió frente al drama del empleo mínimo, que es el eje. Pero no faltaron los que se limitaron a comentar –después de haberse desternillado de la risa– que:

–Son igualitos a los maestros que trabajan en mi casa.

De cuando en cuando surgen "problemas trascendentales". ¿Qué pasa con la posteridad? Di Girólamo no encuentra que sea obstáculo crear en función del momento. También allí puede haber elementos universales que sobrevivan. ¿Y respecto al lenguaje? ¿No salen "menos bien escritas" las obras colectivas? Su valor coloquial, ¿no sacrifica la calidad literaria? Delfina Guzmán reconoce que el asunto les preocupa. Pone el ejemplo de un logro: una escena de ternura "a garabatos" en *Tres noches de un sábado*. Ahí ayudó enormemente contar con la colaboración de un poeta: Alfonso Alcalde.

Algo fundamental –y en esto están todos entusiastamente de acuerdo–: al ir definiendo una nueva forma de teatro, el grupo Ictus se ha ido definiendo a sí mismo. Son lo que hacen y hacen lo que son. Metidos en la realidad hasta el contre y, quizá, derrotándola a través del más simple y más directo de los expedientes: mostrarla.

Claudio di Girólamo: "Me sentía un moscardón golpeando techos, paredes, vidrios..."

Foto: Vicente Vergara